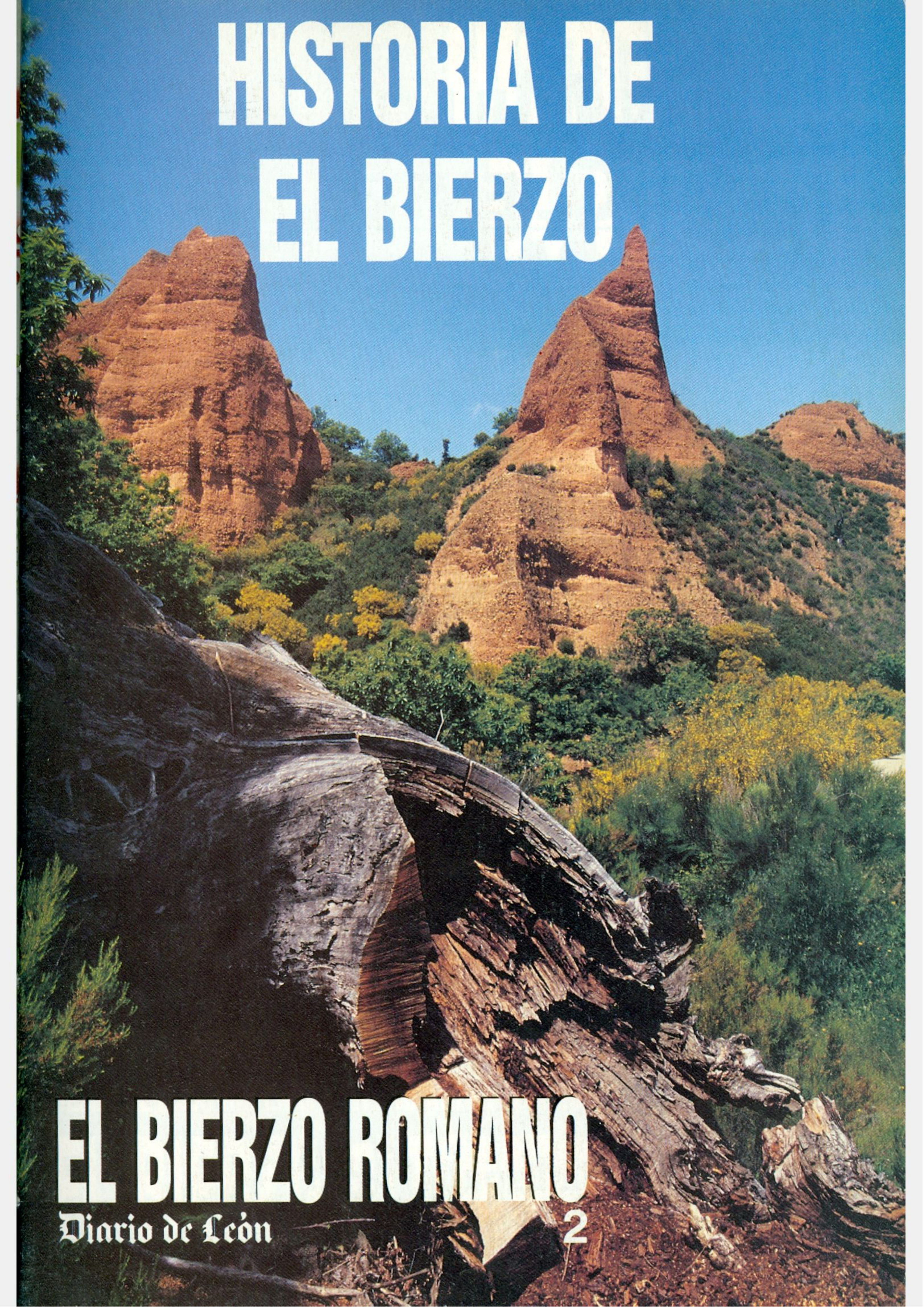
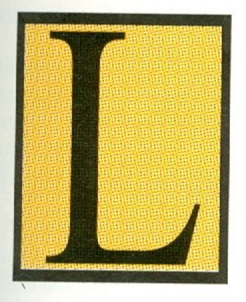

HISTORIA DE
EL BIERZO
EL BIERZO ROMANO
Diario de León
2

EL BIERZO ROMANO

JOSE A. BALBOA DE PAZ • FERNANDO MIGUEL HERNANDEZ

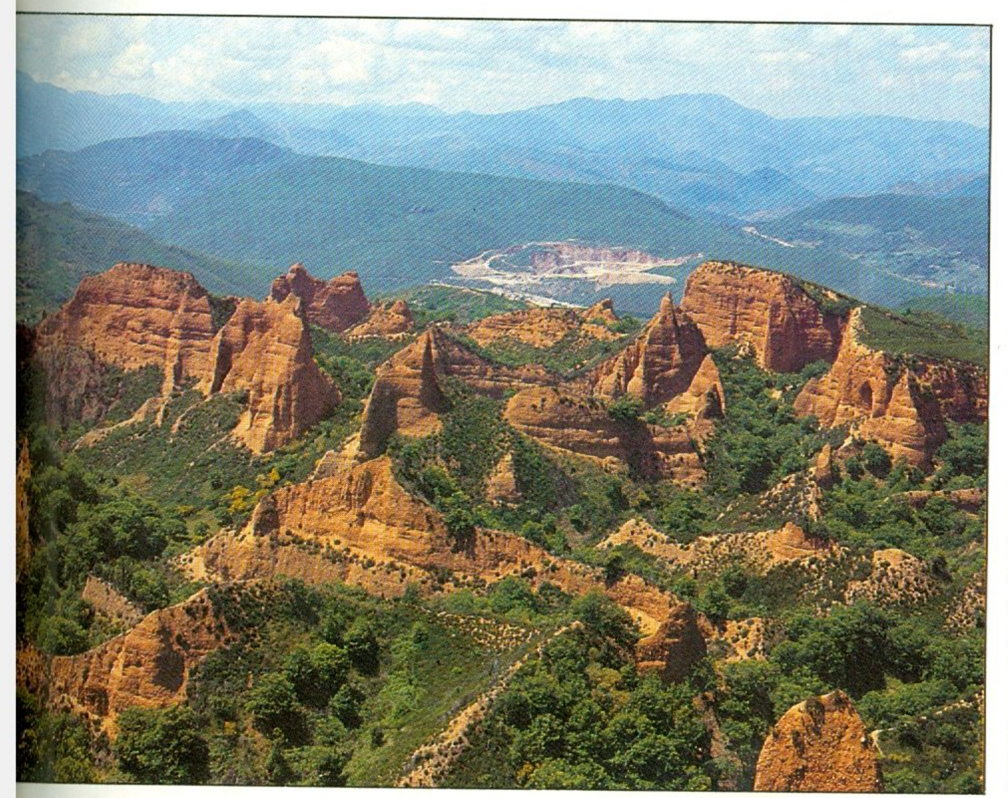


La inserción de El Bierzo dentro de la órbita del mundo romano se llevó a cabo de una manera rápida y brutal, a través de una cruenta y desigual guerra que la historiografía conoce con el nombre de «Guerras Cántabras». Antes de esta contienda, las relaciones que los pueblos del norte de Hispania tuvieron con Roma fueron esporádicas y de escasa trascendencia. Después de las guerras, El Bierzo sufrirá un proceso de romanización más intenso que el de los territorios limítrofes del norte. Sus riquezas auríferas, de enorme importancia en la economía del Imperio, provocarán profundos cambios en la vida de la comarca: desplazamiento de algunos núcleos de población a la llanura, como Castro Ventosa; aparición del urbanismo y creación de algunas ciudades, como Bergidum e Interamnium; trazado de una importante red viaria; introducción de nuevos tipos de cultivo y nuevas relaciones de propiedad; aspectos que incorporan El Bierzo astur al ámbito de las sociedades más avanzadas.

Sin embargo, el proceso de integración no fue continuo ni voluntario, sino lento, discontinuo y carente de homogeneidad, en relación con las posibilidades de explotación económica que ofrecían a Roma los diferentes zonas de nuestra comarca. Desde el final de las guerras, y durante casi un siglo, la presencia romana en nuestro territorio fue casi inexistente. A partir de mediados del siglo I y, sobre todo, con la reorganización política y administrativa llevada a cabo por los emperadores flavios, esta presencia se hace más notoria, pues en gran parte aquélla estuvo dirigida a un mejor aprovechamiento de los recursos, sobre todo auríferos, de los territorios ya pacificados. Es a partir de entonces cuando interesa disponer de una red de castros, vías y ciudades interconectadas entre sí para rentabilizar la explotación de un territorio que proporcionará a Roma la base de su nuevo sistema monetario, instaurado por Augusto. Desde ese momento, la ocupación del espacio va a ser prácticamente total, convirtiéndose El Bierzo en una auténtica cantera, en una zona de expolio, sin que sus riquezas favorecieran su desarrollo interno.

Por esta razón, la romanización, que sólo busca la explotación del territorio y no la aculturación de sus gentes, no ha de verse como la desaparición total de la mentalidad y cultura indígenas, a excepción de la mayoría de sus clases dirigentes, interesadas en mantener su status privilegiado con el nuevo poder militar asentado en la comarca. Aquélla renacerá, en gran parte, tras la desaparición de la superestructura política romana.

Las Médulas. El oro del N.O. fue una de las causas de la conquista romana.



GUERRAS CANTABRAS

Aunque el norte de Hispania no constituía un serio peligro para el Imperio Romano, pocas guerras de las emprendidas por éste tuvieron, en la literatura y en la historiografía de la época, tanta resonancia. Se debió esto, a la valentía y ferocidad de cántabros y astures, pero sobre todo al significado político, más que militar, que se les pretendió dar, como una operación propagandística, de prestigio y consolidación del nuevo régimen creado en Roma por Octavio Augusto.

A esta verdadera razón se añadieron otras causas como origen de la guerra: la necesidad de culminar la sumisión de toda la península, tras

doscientos años de presencia romana en ella; las frecuentes incursiones de cántabros y astures sobre los pueblos de la Meseta, aliados de los romanos. «No contentos con defender su libertad, señala Floro, intentaban también extender su dominio sobre los pueblos vecinos, molestando con frecuentes incursiones a los Vácceos, Turmogos y Autrigones»; por último, las riquezas metalíferas del norte, el hierro cántabro y el oro astur, fueron, como señala Gómez Moreno, poderosos alicientes en el origen de las campañas.

Pese a la importancia de estas guerras, sus fuentes documentales son escasas, confusas y de difícil interpretación. Las guerras cántabras nos son conocidas, al margen de las breves referencias que salpican la obra de poetas y escritores romanos, por dos fuentes de distinto origen: Una, por Dión Casio, que tiene el interés de ofrecernos una panorámica de las guerras desde el año 29 al 19 a C., pero sin pormenorizar mucho en las acciones bélicas; otra, en los epítomes de Floro y Orosio centrados en las acciones militares de los años 26 y 25 a C.; resúmenes que, según Schulten, parecen proceder de Tito Livio, pues el desarrollo de las guerras es común en los dos autores. Según éstos, y con variantes mínimas, las guerras de los años 26 y 25, en las que El Bierzo será conquistado, se desarrollarían en dos fases:

1. La guerra contra los cántabros: Augusto colocaría su campamento en Segisama y desde allí, «abranzando toda la Cantabria con un ejército dividido en tres columnas» lucharía contra los cántabros bajo las murallas de Bergida. Sus habitantes, derrotados, huirían al Mons Vindius, donde serían reducidos por el hambre; a continuación sería atacada Aracelium y más tarde las partes ulteriores de Gallaecia con la sumisión del Mons Medulius.

2. Por ese tiempo, los astures bajan de sus montes emprendiendo un ataque en tres columnas contra tres campamentos romanos levantados en las cercanías del Esla. Traicionados por los Brigaecinos, serán derrotados por el general Carisio. Sus restos se refugian en la ciudad de Lancia, cerca de León, donde Carisio los cerca y conquista la ciudad.

La dificultad que entraña el interpretar correctamente estos textos, las diferencias en los nombres que proporcionan uno y otro autor, etc. han hecho correr ríos de tinta, desde las primeras interpretaciones de

La zona arqueológica de las Médulas

La mina de oro romana de Las Médulas es sin duda la explotación de mayores dimensiones entre las numerosas conocidas en todo el NW peninsular y seguramente dentro de todo el Imperio Romano. Por esta razón su visión ha trascendido frecuentemente la explicación histórica para instalarse en el campo de lo mítico, de forma que la tecnología romana quedaba magnificada y la mano de obra indígena sometida a las mil y una penalidades.

El **yacimiento geológico** beneficiado, aluviones del Mioceno, tiene un contenido en oro o ley muy dispar. En la base de los niveles más ricos, unos 5 m de algunos de los niveles más profundos, puede oscilar entre 600 y 300 mgr./mm^3, mientras que en los siguientes 25 m. es de 20-100 mgr/mm^3 y en el grueso de las capas más superficiales, que superan a veces los 100 m. de potencia, posee tan sólo 10-20 mgr/mm^3.

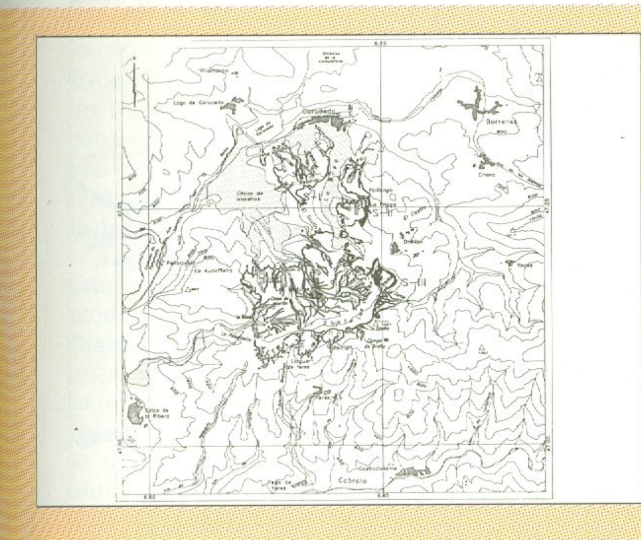
Su explotación se realizó empíricamente de acuerdo con dicha riqueza. Allí donde el recubrimiento era pobre pero potente y se pretendía alcanzar rápidamente las zonas más ricas se aplicaban unos **sistemas de explotación extensivos,** como la ruina montium o arrugia descrita por Plinio, en la que un gran caudal de agua se arrojaba súbitamente sobre una red de galerías y pozos que minaban toda la masa a abatir para provocar su derrumbe; las numerosas galerías que aún se aprecian en diversos parajes del sector III (zona principal de la explotación) son en su mayoría vestigios de los tramos iniciales de esas redes de minado y de conducción de agua, mientras que los diversos lóbulos separados por aristas y picuezos en que se articula el frente de explotación, bien visibles en el paraje de Las Valiñas dentro del sector III, testimonian las diversas operaciones con ruina montium realizadas. Pero en otros sectores se utilizaron sistemas de explotación extensivos basados simplemente en la fuerza erosiva y de arrastre del agua arrojada desde depositos situados en lo alto de los frentes de explotación, como ocurrió en La Rebolar (S-I), La Furnia (S-III) o en las primeras labores de La Frisga (S-II); se trata de zanjas-canales o modo de cárcabas artificiales. También existen ejemplos donde se aplicaron **sistemas de explotación selectivos** exclusivamente sobre los niveles del aluvión más rico, como ocurre con los surcos convergentes que se ven en el fondo de La Frisga (S-II) o en numerosos sectores situados al N y W del pueblo de Las Médulas dentro del S-III. Incluso hay algunos indicios de minería selectiva subterránea sobre el aluvión (cueva de La Mallardica en el pueblo de Las Médulas).

Una vez abatido y arrastrado el aluvión aurífero y con la misma fuerza hidráulica, todo ello se encauzaba hacia los **canales de lavado,** las agogae de madera en la descripción de Plinio (muy parecidos a los utilizados en California) y de los que obviamente no quedan restos, donde el oro se despositaba por gravedad. Previamente a su entrada en estos canales, se eliminaban y amontonaban a un lado los estériles más gruesos, que forman los enormes montones de cantos rodados o murias hoy visibles dentro de los diversos sectores de explotación. Los estériles más finos eran conducidos mediante **canales de evacuación** hacia los **conos de deyección de estériles o colas de lavado,** de forma que no entorpeciesen la labor de extracción posterior. Así se formaron las grandes acumulaciones de Yeres (hacia el Cabrera), Valdebría, la Balouta (hacia el Sil), la Furnia (hacia el E), la Brea (hacia Carucedo) y, sobre todo, Chaos de Maseiros (hacia el arroyo del Balao). Esta última fue la que rellenó el paleovalle existente con anterioridad a la mina romana, dando lugar, así, a la formación no intencional del Lago de Carucedo.

La importancia en todas las fases descritas del agua exigió la construcción de una **infraestructura hidráulica** de gran envergadura. Los canales o corrugi captaban las cuencas fluviales de las vertientes septentrionales y meridionales de los Montes Aquilianos y llegaron a trasvasar agua de la cuenca del Duero (captación del río Eria a la altura de Corporales) a la del Sil. Sus cauces discurren siempre a cota con un porcentaje de desnivel medio del 0,5% y son reconocibles mediante cortes en la roca, aterrazamientos y algunos túneles, aunque una gran parte de su recorrido se ha perdido por la incuria del tiempo y el progresivo abandono del tránsito y explotación tradicional del monte.

Estos canales debían labrarse cada vez a cota más alta a medida que avanzaba la explotación y conducían su caudal hasta los depósitos de distribución y explotación, piscinae o stagna, que aún son perfectamente visibles en las inmediaciones de los frentes de laboreo.

Más allá de la indudable importancia de estos vestigios de la tecnología minera romana, que ya había sido utilizada con anterioridad y de forma similar en otros territorios del Imperio y de la Península Ibérica, la nueva actividad económica generó una total **transformación de la ocupación y explotación del territorio** a escala comarcal y regional entre el segundo tercio del siglo I d.C. y finales del



Mapa de la zona Arqueológica de Las Médulas.

II o comienzos del III, límites cronológicos máximos para la actividad en Las Médulas.

Hasta ahora se había prestado atención casi exclusivamente a detectar los posibles asentamientos mineros y a hacer evaluaciones hipotéticas y casi siempre exageradas de la cantidad y calidad de vida de sus ocupantes. El proyecto de investigación de la Zona Arqueológica de Las Médulas que subvenciona la Junta de Castilla y León está proporcionándonos importantes datos para comprender globalmente el impacto cultural e histórico de la minería romana.

La excavación de asentamientos prerromanos como El Castrellín de San Juan de Paluezas, la Corona del Cerco de Borrenes o el que con anterioridad habíamos excavado en La Corona de Corporales nos han permitido conocer el tipo de poblamiento y condiciones de vida de los astures antes de la llegada romana y valorar por lo tanto su ulterior transformación.

El tipo de asentamiento castreño sigue perviviendo en los primeros momentos de la presencia romana, no sólo para albergar a la mano de obra indígena en las inmediaciones de las minas, como el Castro del Cabuerco de Valdelobos, el Castro de Puente de Domingo Flórez o La Corona de Yeres en las Médulas, sino también para atender al mantenimiento de los canales, como ocurre con algunos de los numerosos castros que jalonan la cuenca del río Cabrera hasta alcanzar Corporales. No obstante, y salvo en aquellas zonas abruptas donde topográficamente es poco menos que imposible establecer otro tipo de asentamiento, la inadecuación de la explotación autosuficiente que implicaba el castro como poblado a la nueva estrategia romana ocasionaría a la postre su desaparición.

La diferenciación funcional y complementaria de los asentamientos fue en época romana la pauta fundamental en la ocupación del territorio. Así vemos como, junto a asentamientos no castreños para mineros, como los excavados en los Chaos de Mourán o La Malladica de Las Médulas, aparecen otros destinados a la explotación siderúrgica y elaboración de instrumentos y útiles de hierro como el del Castro de Orellán (que no es tal castro), o que albergan a una población muy romanizada y seguramente vinculada a la dirección administrativa y técnica de las explotaciones auríferas, como el de Las Pedreiras de Lago, u otros destinados a satisfacer las necesidades de recursos agropecuarios como los numerosos que se han detectado en la depresión de La Campañana y Borrenes.

El registro arqueológico demuestra fehacientemente que el cambio material y cultural que experimentan la población indígenas fue pausado y supuso una diversificación y ampliación de la producción para ellos accesible. No sólo se integran en la extensa red comercial romana, sino que se intensifica el aprovechamiento de la tierra y se introducen nuevos cultivos, como el del castaño y el nogal. Los espacios habitables son ya planificados y urbanizados y gozan de las ventajas que suponen los nuevos materiales de construcción romanos. Evidentemente existe una notable diferencia de nivel de vida entre los asentamientos que ocupan los encargados de las labores mineras y los mineros astures, pero en absoluto podemos pensar que estos fueran jurídicamente esclavos.

Es por lo tanto esencial que el visitante de Las Médulas, a la par que contempla los impresionantes restos de la mina, que han dado origen a una nueva topografía de la zona, pueda acceder también a esos asentamientos donde se instalaron las gentes que allí vivían antes y después de la presencia romana, de forma que la contrastación entre el medio natural y la acción humana facilite la comprensión de tan espectacular **Paisaje Cultural.** Esta es la propuesta del Plan especial de ordenación que supone la creación de un **Parque Arqueológico** en la ZAM.

Javier Sánchez-Palencia; M.ª D. Fernández-Posse: J. Fernández Manzano. Directores del proyecto de investigación Zona Arqueológica de Las Médulas.

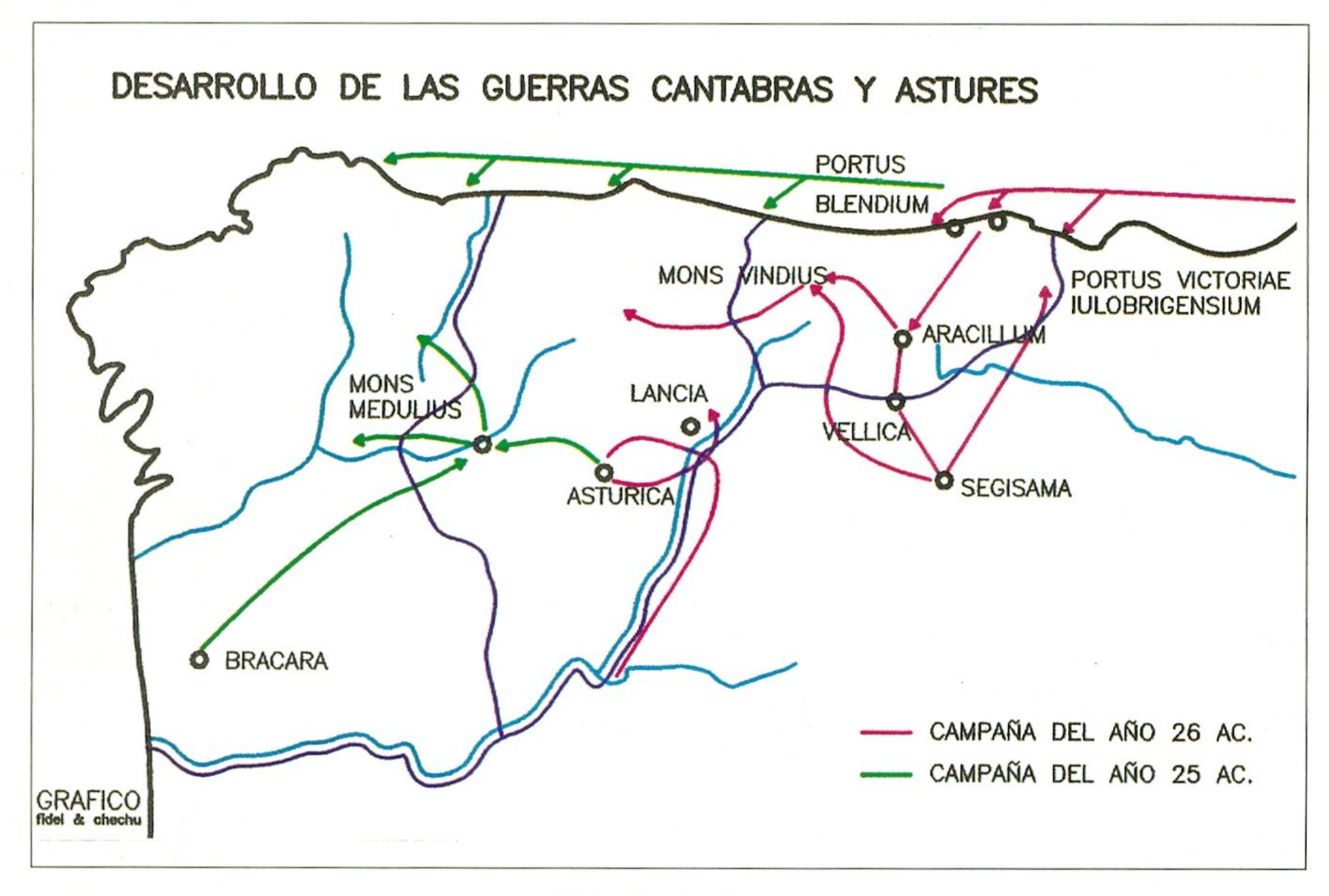
Magie, pasando por las de Schulten, Syme, Horrent, Rodríguez Colmenero y Eutimio Martínez. La interpretación más aceptada en la historiografía actual es la de Syme, matizada y refrendada por Lomas Salmonte. En opinión de estos autores, la guerra se llevó a cabo en dos fases: el «Bellum Cantabricum», en el año 26 a C. y el «Bellum Asturicum», al año siguiente.

El Bellum Cantabricum se desarrollaría exclusivamente en la actual Cantabria. Desde Segisama, con tres legiones -la IV, VI y X Augusto avanzaría hacia Cantabria dirigiéndose a Vellica (no la Bergida berciana de Schulten o Rodríguez Colmenero), en el monte Cildá. Más tarde sometaría los otros castros de la zona, como Monte Bernorio. Todos estos habitantes huirán al Mons Vindius que «se trata de los valles altos y meridionales de la Cantabria que se encuentran entre las sierras de Hijas (...) y Peña Labra». Por último, Agusto se dirigiría a Aracillum (Aradillos), con lo que se daría por finalizada la guerra contra los cántabros, aunque no su sumisión.

El Bellum Asturum se iniciaría al año siguiente, el 25, aunque en el anterior pudieron desarrollarse acciones en Asturia y Gallaecia por Carisio. Esta guerra se desarrolla en tres fases: el ataque a los campamentos en las cercanías del Esla, desbaratado por la traición de los Brigaecinos; la toma de Lancia y el asedio de Monte Medulio, cerca de las Médulas, en El Bierzo.

La conquista de El Bierzo y la presencia de tropas legionarias la atestiguan la moneda de la rodela -emisión típica de las guerras cántabras encontrada en Valtuille, pueblo situado bajo Castro Ventosa (Bergida), y la destrucción del castro de Corporales (Cabrera) o la imponente muralla que, para protegerse, construían en ese momento los indígenas en el castro de Borrenes, que carece prácticamente de edificaciones en su interior.

La guerra no culminó con estas acciones protagonizadas por Augusto y sus generales, pues con su marcha a Roma en el año 24 a C. cántabros y astures continuaron las hostilidades. Prometiendo a Lucio Elio Lama, nuevo legado de la Tarraconense, provisiones para su ejército, condujeron a las tropas romanas a un lugar apartado en el que les dieron muerte, provocando que Lamia destrozara sus campos y poblados. En el año 22 a C., los astures, descontentos con la dureza que les



Teatro de operaciones de la guerra cántabro-astur (años 26-25 a.c.).

imponía Carisio, gobernador de la Lusitania, se revelaron nuevamente arrastrando consigo a los cántabros, que fueron reducidos por Cayo Furnio quien tuvo que acudir en socorro de Carisio a quien los astures tenían acorralado. Las guerras terminaron definitivamente en el año 19 después de una devastadora acción de Agripa, el yerno de Augusto, contra los cántabros nuevamente revelados.

CONVENTUS ASTURUM

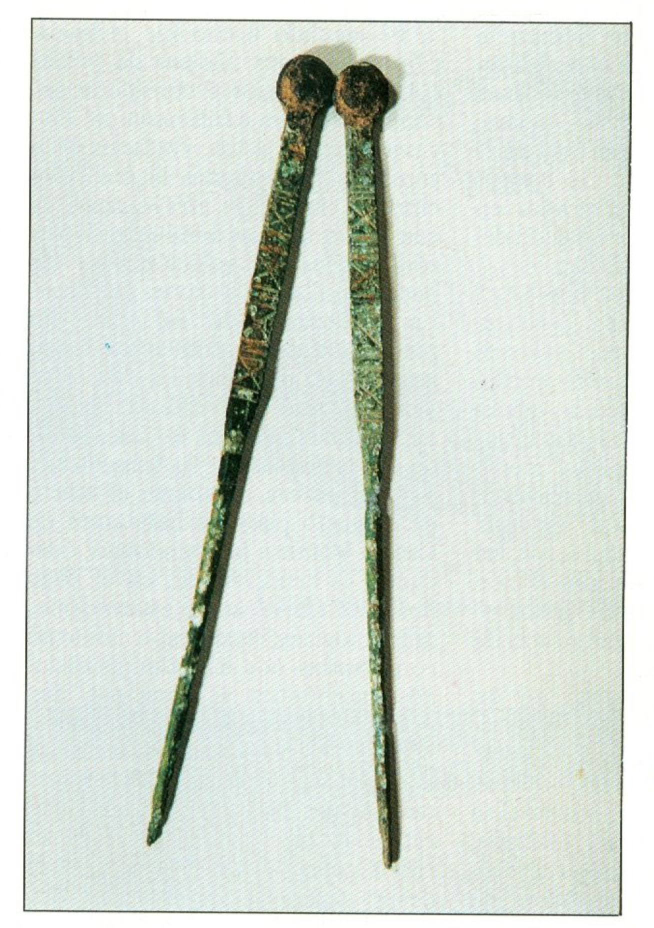
La integración de El Bierzo en el mundo romano fue, en primer lugar, de carácter político. En Epoca de Augusto, Hispania fue dividida en tres provincias: Bética, Lusitania y Citerior o Tarraconense. Auque en un primer momento, El Bierzo y todo el territorio astur fue incluido dentro de la Lusitania, ya en vida del propio emperador, en una nueva reordenación del territorio, éste pasó a formar parte de la Tarraconense y en ella permaneció hasta la creación por Caracalla, a principios del siglo III, de la provincia Hispania Nova Citerior, formada por los conventus asturum, bracarensis y lucensis. Posteriormente, Diocleciano (284-288) creará aún una nueva provincia denominada Gallaecia, cuyos límites parece que superaban incluso el Duero, y en la que estaba incluida la comarca berciana.

Dividada primero en distritos, con los emperadores Flavios, y más en concreto con la reordenación administrativa del emperador Vespasiano en el año 70, la provincia Citerior fue dividida en siete conventos jurídicos, que, según Mangas, parecen tener su origen en los distritos judiciales, a los que acudía el cuestor a ejercer justicia. Surgidos en el Alto Imperio, desaparecieron en el Bajo Imperio, con la excepción, en opinión de M. Vigil, del Noroeste, sin duda porque esta zona estaba poco romanizada y carecía de una vida municipal arraigada. En esta situación «el conventus continuaba siendo necesario para poder agrupar a los pueblos del NO. en circunscripciones administrativas» (Vigil). De los siete en que estaba dividida la provincia Citerior, uno fue el Conventus Asturum, con capital en Asturica Augusta (Astorga), cuya extensión territorial ya mencionamos en el capítulo anterior. Según Plinio, los astures estaban a su vez divididos en Astures Augustani y Astures Transmontani; los primeros ocupaban las tierras llanas de la meseta, mientras que los segundos, como su nombre indica, habitaban al otro lado de las montañas. Como desconocemos a qué montañas se refiere Plinio, si a la cordillera Cántábrica, los montes de León o a ambos, es difícil saber en cuál de los dos se ubicaría El Bierzo, aunque la mayoría de los historiadores admiten su integración entre los augustanos o cismontanos.

Un último eslabón en la organización política de la Hispania Romana, además de las provincias y conventus, lo constituían las ciudades o «civitates». El romano, no lo olvidemos, fue fundamentalmente un mundo urbano, en el que la ciudad constituyó la célula base de su organización política; sin embargo, en este caso, la «civitas» no ha de entenderse sólo en el sentido de una «urbs», sino también del territorio que la rodea, en el que se incluyen «vici», «pagi» castros, etc. La romanización supone, pues, la implantación de esa nueva estructura organizativa en las tierras conquistadas de Hispania, también entre los astures. Plinio, que escribe en el siglo I, señala que el convento astur estaba dividido en 22 «populi», unidades

gentilicias prerromanas; a mediados del siglo II, por el contrario, Ptolomeo cita en Asturia 19 civitates. Estas dos referencias nos muestran las transformaciones sufridas en la zona en ese espacio de tiempo, con una evidente sustitución de la organización sociopolítica indígena por la de los dominadores romanos.

Las civitates tuvieron diversos estatutos jurídicos en razón del modo de inserción en la esfera del Imperio, pactado o violento. Así, unas fueron federadas y otras estipendarias. Todas las del norte corresponden a este último tipo, por lo que estaban obligadas a pagar impuestos a Roma. Algunas, con el tiempo, recibieron un trato especial y privilegiado, logrando alcanzar la categoría de Municipio, no por benevolencia romana sino porque, transcurridos ya casi cien años de la conquista, la ciudad se constituía como el elemento organizador de un territorio susceptible de ser explotado. Este fue el caso de las dos civitates que las fuentes nombran en nuestra comarca: Bergidum Flavium e Interamnium Flavium. Su carácter municipal se supone por el apelativo «Flavium», y se confirma, en el caso de Bergidum, por la lápida encontrada en Tarragona, capital de la provincia, en la que se nombra un Cayo Valerio Arabino, natural de Bergidum Flavium, sacerdote del culto imperial para la provincia Citerior, que había recibido todos los honores en su «República»; es decir, había pasado por todas las magistraturas, y éstas sólo existían en aquellas ciudades que eran municipios.



Compás romano hallado en Cacabelos.
(Inés Díaz).

ECONOMIA Y SOCIEDAD

Los datos aportados por las fuentes no son todavía suficientemente explícitos para hacernos una idea clara sobre la estructura social de los habitantes de El Bierzo Romano. El primer cambio importante que se produjo fue el abandano de algunos castros, como vemos en Castro Ventosa o en el Castrelín (San Juan de Paluezas), y el asentamiento de la población en las zonas llanas de los valles y la fosa del Bierzo, obligada por la política del emperador Augusto, tal como nos recuerda Floro: «César recelando del amparo ofrecido por los montes en los que se refugiaban, les ordenó habitar y establecerse en los campamentos situados en la llanura». No todos los castros se abandonan, pues incluso este tipo de poblamiento fue asumido por los romanos, reocupando antiguos poblados o construyendo otros de características semejantes. Esta pervivencia del hábitat castreño se explica por la propia continuidad de la población indígena, pues evidentemente la foránea debió ser escasa, localizándose preferentemente en los núcleos urbanos construidos posteriormente o en villae. Ahora bien, existen diferencias sustanciales en lo que se refiere a la ocupación y organización del territorio: la accesibilidad y el aislamiento deja de ser una condicionante de su emplazamiento, lo mismo que su control sobre el territorio inmediato, surgiendo castros con grados mínimos de accesibilidad y con una situación estratégica desvaforable; su espacio habitable es netamente inferior (0,36 hect. de



La Edrada (Cacabelos). Yacimiento romano en el que se ubica la ciudad de Bergidum Flavium.

media), pero al mismo tiempo la superficie transformada para delimitar el yacimiento es mucho más grande; por último, no son autosuficientes, sino que parecen más especializados, sobre todo los castros mineros, pues están integrados en una red planificada de ocupación del territorio (Yolanda Alvarez).

Respecto de estos últimos, en opinión de Sánchez-Palencia, se trata de castros artificiales, inmersos dentro de las explotaciones auríferas, de las que son contemporáneas. Normalmente, están construidos con una técnica minera, por medio de la elaboración de fosos excavados en el substrato natural aurífero. Estos castros mineros debieron ser muy numerosos, pues según el citado autor, de los 61 catalogados en la cuenca del Boeza, la mitad corresponderían a este tipo.

Otro aspecto novedoso en los castros de época romana es su urbanismo. Aunque las técnicas constructivas de las viviendas apenas variaron, la influencia romana se dejó sentir en la planimetría urbana, surgiendo calles y aceras, y redes de drenaje y cloacas, como en los de Corporales y Orellán.

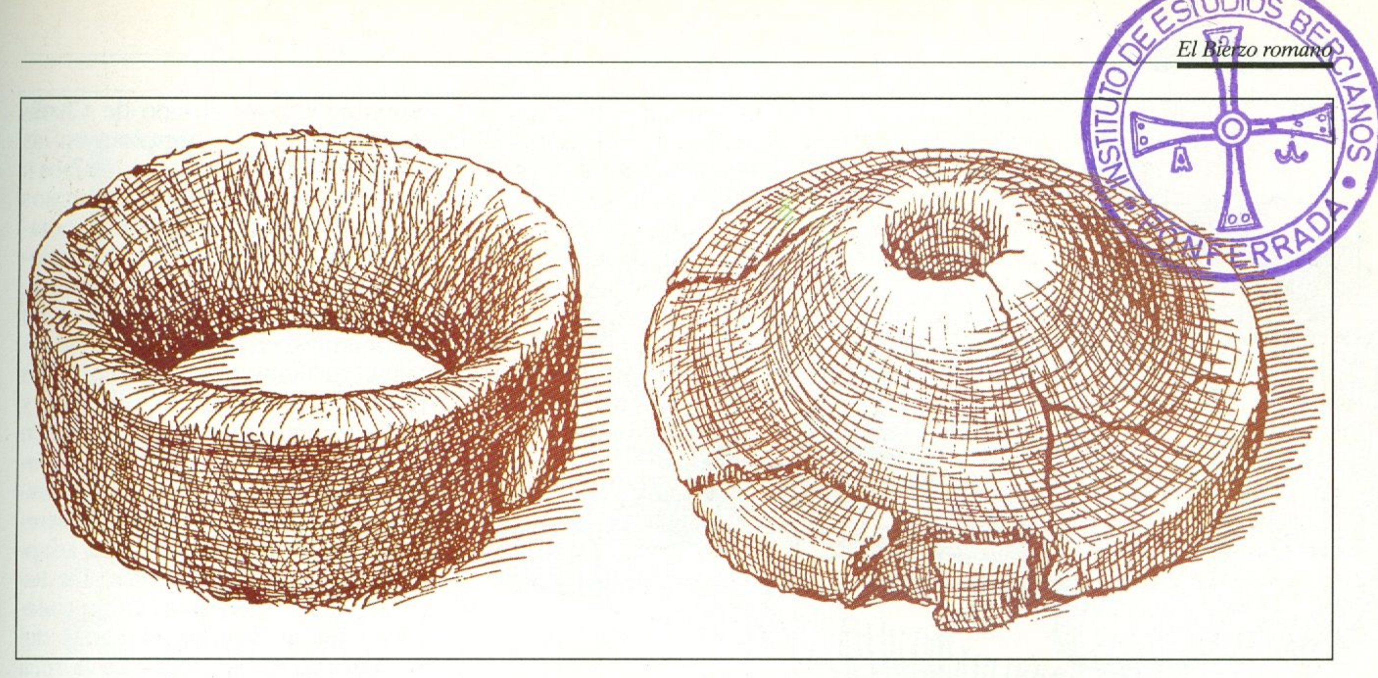
El segundo hecho fue la aparición de algunos núcleos de población de una cierta consideración, como Bergidum e Interamnium Flavium. Fueron éstos, ciudades bien comunicadas, situadas en las principales vías que atravesaban la comarca y centros administrativos y comerciales en relación con las importantes explotaciones auríferas. La localización de Bergidum no plantea excesivos problemas, siendo aceptada su ubicación no en Castro Ventosa, sino en la Edrada, paraje en las inmediaciones de Cacabelos, en las cercanías de su cementerio. Aquí sí parece cumplirse el edicto de Augusto pues los habitantes de Castro Ventosa lo abandonan, ocupando el llano, donde, en el pago de la Edrada, recientes excavaciones arqueológicas, inexplicablemente no conservadas por las administraciones autonómica y municipal, han puesto al descubierto estructuras pertenecientes a una vivienda con una zona destinada a baños, con red de alcantarillado, junto a otras estancias de función desconocida (M. Figuerola). En la misma zona, desde principios de siglo, se han encontrado lápidas, cerámicas, monedas y vidrios (Gómez Moreno), recogidos en el museo local.

Interamnium, por el contrario, ha sido objeto de grandes controversias, aunque cada vez parece más evidente su localización en el cerro de las Murielas, al lado de Almázcara. Hay que suponer en estas dos ciudades la existencia de una población numerosa, sobre todo en Bergidum, ubicada en una zona de grandes potencialidades agropecuarias y con una proyección romanizadora indudable sobre todo el Bierzo Bajo, en el que vemos aparecer otros asentamientos en sus proximidades: San Esteban, Terra del Ouro, La Sellana, Las Cebadas. No nos es posible cuantificar la población total del Bierzo, pero de las evidencias arqueológicas parece concluirse un aumento considerable de la población.

En su mayoría, esta población estaba constituida por indígenas. Pasadas varias décadas después de la conquista, en la que muchos vieron reducida su condición a la de esclavos, siendo incluso deportados, su situación jurídica debió cambiar, conservando la libertad y sus propias tradiciones culturales y religiosas -como lo demuestran las lápidas dedicadas a sus dioses prerromanos-, aunque constituyendo las capas más deprimidas de la población. Sólo el alistamiento en unidades auxiliares del ejército romano, muchas veces no voluntario sino obligado por las frecuentes levas, pudo constituir un camino, más que fácil seguro, de promoción social y de integración en el mundo cultural romano. Las alas y cohortes de astures fueron numerosas en dicho ejército, así como el nombre «Flavio» que muchos indígenas adoptaron, sobre todo en el área de influencia de las nuevas ciudades, son prueba de la integración de determinados sectores sociales: Flavinus Flavi, dedicante de una lápida a Cossue Nidoledio de Noceda; Flavia Flavi, dedicante del ara a Dea Deganta de



Carucedo. Yacimiento romano en los alrededores de las Médulas.



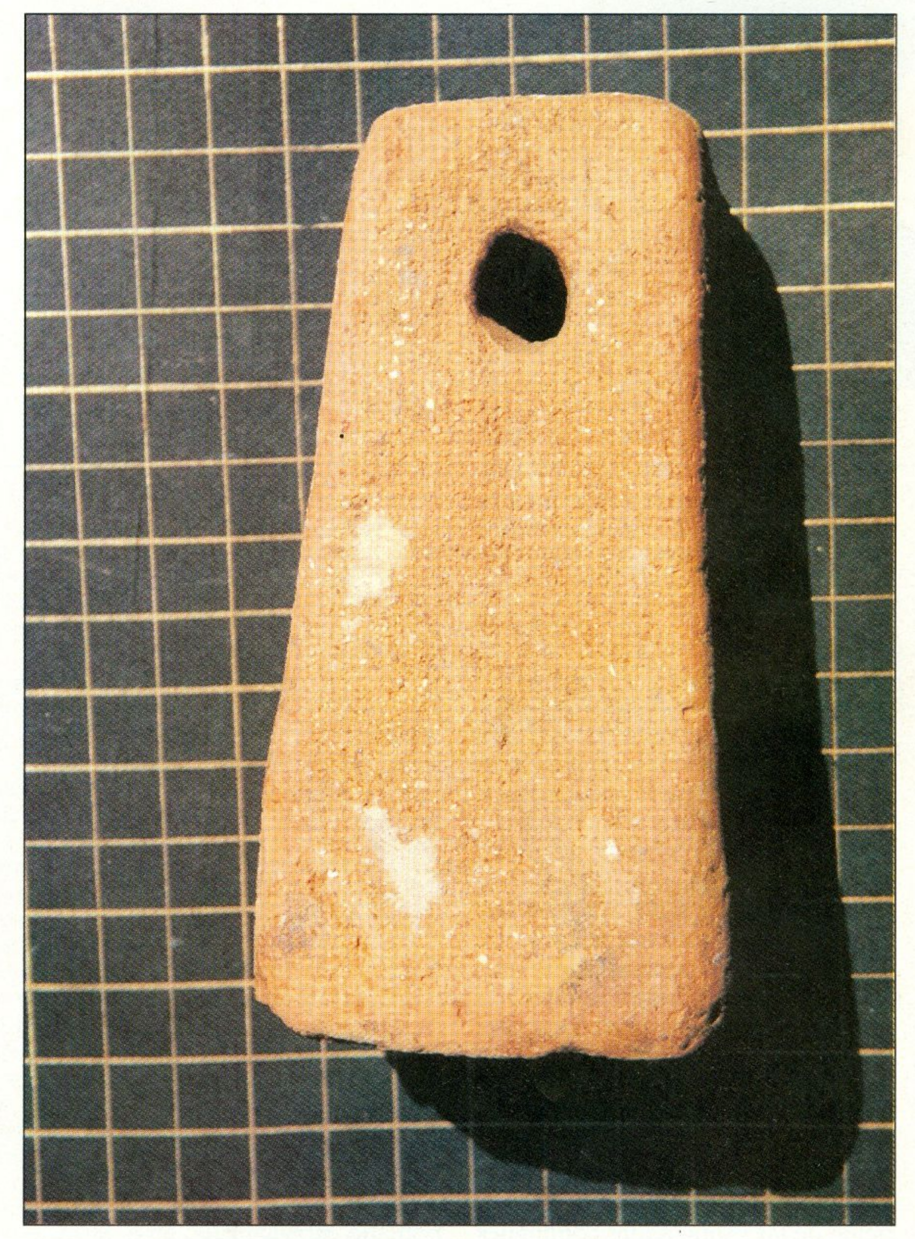
Molino romano (museo de Cacabelos).
(Pedro Cotado).

Cacabelos; la Flavia de una inscripción de Carracedelo; el Titus Flaus, soldado de la Legio VII, dedicante del ara a Cossue Tueranaeo del Valle Tedejo; o el Flavius del ara a Cossue de San Esteban del Toral (J. Mangas).

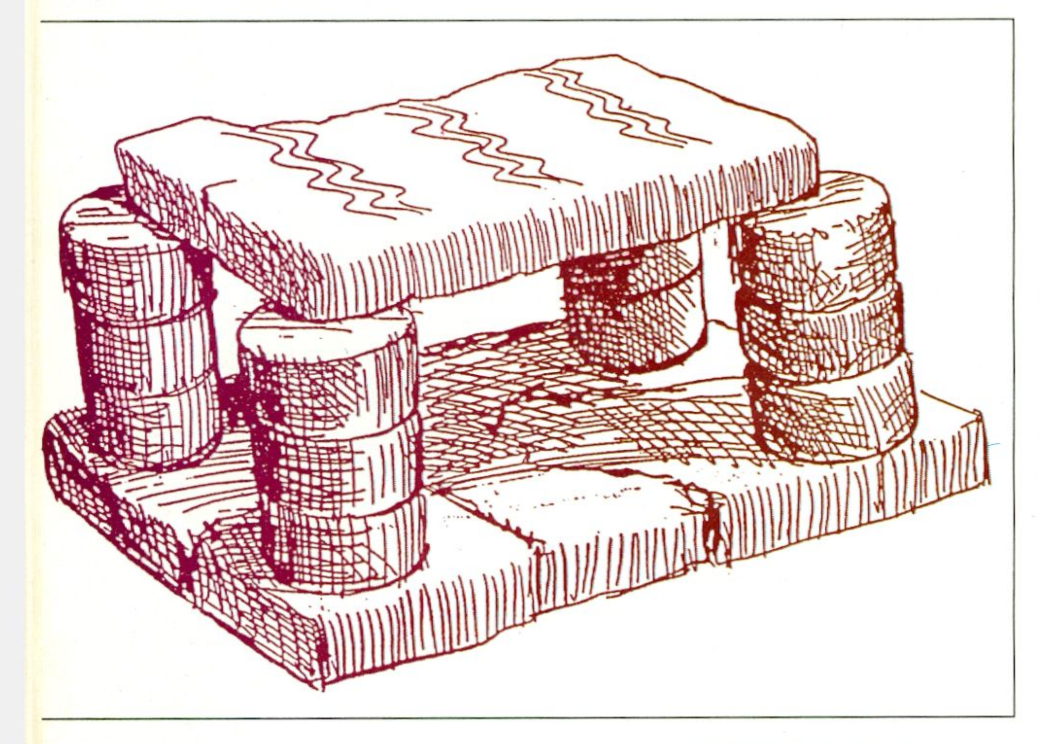
La epigrafía de la zona habla de la existencia de una inmigración de gentes de otros lugares de Hispania hacia El Bierzo: argaelos (Soria), zoelas (Zamora), interamicos (Lugo) y segurros (Sarria). No faltan los llegados de allende el mar, incluidos algunos orientales, como el Didius Hermodorus de la lápida de Cacabelos. Los más numerosos, sin embargo, fueron romanos propiamente dichos, venidos a El Bierzo como administradores, comerciantes o soldados, entre éstos el militar Granius Sabinus, Legatus Augusti de un ara hallada en Cacabelos. No fue el único, varias inscripciones de la zona del Valle y Tedejo nombran a soldados pertenecientes a la Legio VII, lo que sugiere la existencia de unidades militares romanas en El Bierzo, en relación con la protección y explotación de los yacimientos auríferos (J. Mangas). De estos ciudadanos romanos, algunos ya nacidos en el propio Bierzo, llegaron incluso a ostentar cargos importantes en la capital de la provincia -Tarraco-, como el ya señalado Cayo Valerio Arabino que fue sacerdote de Roma y Augusto.

LA ECONOMIA

Roma introdujo importantes cambios en la organización económica de la zona, que de autosuficiente se convirtió en una economía



Pesa de telar (museo de Cacabelos). *(Inés Díaz).*



Hipocausto hallado en los alrededores de Cacabelos. Sistema de calefacción romana. *(Pedro Cotado).*

colonial, basada en la explotación del oro. Esta afirmación debe entenderse en el sentido de una economía dependiente (Samir Amin), es decir, con una hipertrofia del sector minero, ligado a la economía romana dominante, mientras que el resto, con la excepción de la actividad desarrollada en los núcleos urbanos o específicamente mineros, mantuvo su caracter autosuficiente y subdesarrollado. En la agricultura, se introdujeron o desarrollaron algunos nuevos cultivos, posiblemente la vid y el olivo, aunque la base de la misma la seguían constituyendo los cereales, trigo, centeno y cebada. En el museo de Cacabelos se conservan varios molinos de esa época, de grandes proporciones, y restos de molinos romanos se han encontrado en los yacimientos últimamente excavados. En Cacabelos se halla igualmente un molino de aceite, y en la zona de Campañana, al lado de las Médulas, son numerosos los olivos que alimentan una tradicional industria olivarera, cuyos orígenes es posible remontar a la época romana, en relación con las necesidades de aceite para la iluminación de las galerías de las Médulas. También de esa época debe datar la introducción del arado romano para el cultivo de las tierras.

Desconocemos qué tipo de cambios se introdujeron en el sistema de propiedad, pero, seguramente, debió producirse una lenta desaparición de las propiedades comunales de época prerromana, muchas de las cuales pasaron a ser del Estado romano, como lo demuestran las explotaciones auríferas; y una gradual aparición de grandes explotaciones de propiedad privada (latifundia), denominadas «villae», a partir del Bajo Imperio.

Lo mismo podríamos decir de las actividades ganaderas, de las que suponemos que debieron mantenerse la cría de caballos asturcones y otras especies, como el vacuno, lanar y cabrío, tanto para la alimentación de la población como para el transporte del oro. Los restos arqueológicos sí nos permiten confirmar la existencia de algunas actividades artesanales, sobre todo la cerámica y la metalurgia. De la primera, se importaba cerámica fina o vajilla de mesa (terra sigillata) e incluso la común o de cocina. Sin embargo, el material constructivo cerámico, ladrillos y tégulas, debió ser de fabricación local. Mañanes cree que la marca OHS, que aparece con frecuencia en el Bierzo, procedía de algún alfar de la comarca. Por su parte, la minería del oro exigió sin duda una importante actividad férrica, para fabricar martillos, punzones, palas y clavos. El yacimiento de Orellán, al lado de las Médulas, cuenta con tal cantidad de escorias de hierro que, según Sánchez-Palencia, debe interpretarse como un poblado expecializado en la fabricación de hierro y reparación de herramientas. En sus inmediaciones, además, existe abundante mineral en la zona del Bieiro, al lado de Chana de Borrenes, que se explotó en las edades Media y Moderna (Balboa).

Como reiteradamente hemos dicho, El Bierzo fue en época romana un importante centro de explotación de oro. En nuestra comarca, se encuentra éste en tres tipos de yacimientos: en las rocas de las montañas (yacimientos primarios), en los ríos numerosos que lo fertilizan y en los terrenos sedimentarios que en su mayor parte lo constituyen (yacimientos secundarios). Los romanos emplearon aquí distintos sistemas para la obtención del oro, adaptados a cada uno de ellos. En los ríos lavaron sus arenas, como todavía lo hacen hoy las aureanas del Sil, por medio de bateas; en la roca hicieron profundos tajos a cielo abierto (como en el Caurel o en Sésamo) o insalubres pozos (como en Candín de Ancares), de los que extraían el mineral con todas sus impurezas, que luego limpiaban machacándolo y reduciéndolo por el fuego.

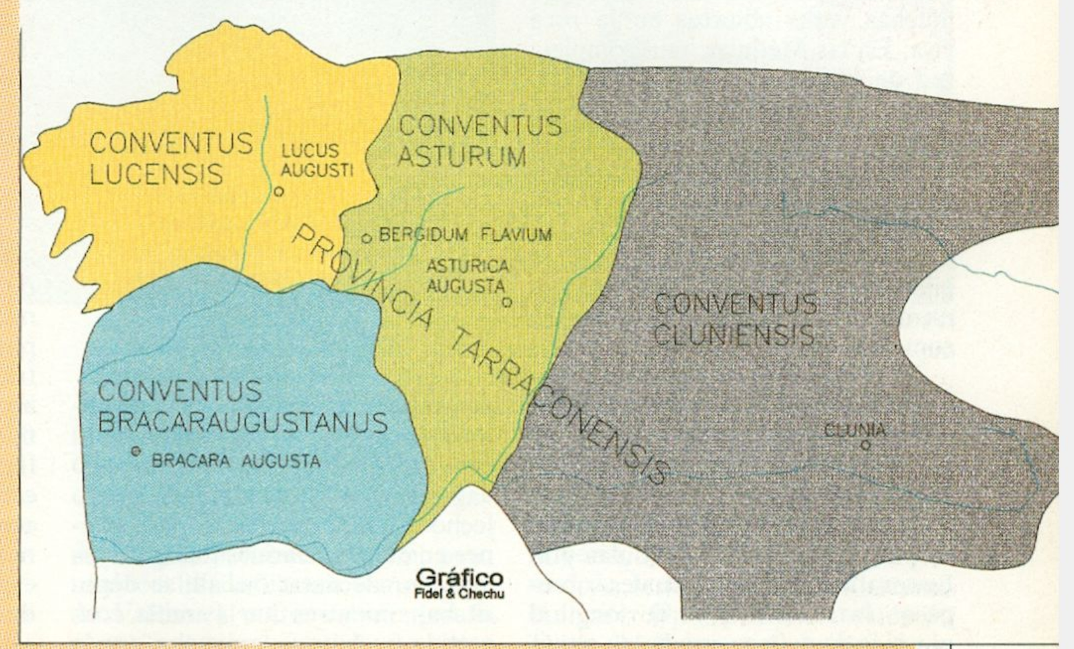
Sin embargo, los sistemas más importantes y que despiertan nuestra mayor admiración fueron los empleados sobre los terrenos sedimentarios, como los de la Leitosa, las Médulas o Castropodame. En ellos, a su vez, utilizaron métodos diversos según el espesor y disposición de las capas sedimentarias, compuestas por arcillas, gravas, cantos rodados y minerales, entre los que se encuentra el oro en una proporción de unos miligramos por metro cúbico de tierra. El sistema más impresionante de todos los empleados (arados, coronas, conchas de explotación, etc.) es el que el naturalista Plinio denomina «Ruina Montium», aplicado en las Médulas, en las que, según Sáenz Ridruejo, se explotaron entre 210 y 225 millones de metros cúbicos; en la Leitosa, con más de 100 metros de espesor, en el que, según Lasala, se lavaron 40 millones de metros cúbicos; en Castropodame, en los «Cáscaros» de Pradela, y un largo etcétera de pequeñas explotaciones. Sólo en el valle del Noceda, Yolanda Alvarez, menciona: El Castro de la Laguna (280.000 mm^3), las Traviesas I (215.000 mm^3), las Traviesas II (305.000 mm^3), Arroyo de San Justo (320.000 mm^3), las Gandarias I (125.000 mm^3), las Gandarias II (3.350.000 mm^3) y la Cruz del Rañadero (1.280.000 mm^3). Son realmente pocas las zonas sedimentarias de El Bierzo que no hayan sido objeto de trabajos mineros, como lo atestigua la toponimia (Médulas, Legúas

División administrativa y minería, según Plinio

En la actualidad la provincia (Citerior) toda se halla dividida en siete conventos: carthaginensis, Tarraconensis, Caesaraugustanus, Cluniensis, Asturum, Lucensis y Bracarum. Añadense las islas, de las que hablaremos más adelante. La provincia en si misma, además de 293 «civitates» subordinadas a otras, tiene 179 «oppida», entre las que hay: 12 colonias, 13 «oppida» de derecho romano, 18 con el viejo del Latium, 1 con el de los federados y 135 estipendiarias (...).

Con estos últimos (los cántabros) lindan los 22 pueblos de los astures, que se hallan divididos en augustani y transmontani, con Asturica, que es una gran «urbs». Entre estos pueblos están los guigurri, los paesici, los lancienses y los zoelae. La población total alcanza a 240.000 individuos libres.

PLINIO; Naturalis Historia 33, 18 y 28 (ed. García y Bellido).



El conventus asturum.

Minería del oro

El tercer sistema es obra superior a la de los gigantes. Se van abriendo galerías en diversas direcciones excavando los montes a la luz de las antorchas; éstas mismas sirven de medida a las jornadas pues en muchos meses no ven la luz del día. Este es el procedimiento que llaman «arrugia»... En uno y otro sistema tropiezan con silex que han de romper con sal y vinagre, y con más frecuencia, dado que las galerías quedan ahogadas con los vapores y humos, deshacen las rocas valiéndose de martillos de hierro de 150 libras de peso, y sacan el mineral a hombros, pasándoselo unos a otros entre tinieblas de noche y de día. Sólo los últimos ven la luz del sol. En el caso de que encuentren silex de mayor tamaño, el picador las evita siguiéndoles el costado. Sin embargo consideran más llevadero el trabajo frente a estas rocas, pues en cambio es casi infranqueable un terreno mezcla de arcilla y grijo, que llaman «gangadia». Lo acometen con barrenas de hierro y martillos de lo mismo y no hay nada más duro, sólo el hambre del oro es la más dura de todas.

Terminado este trabajo, comienza el derribo por el último de los puntales. La señal del derrumbamiento solo la percibe el vigilante que está en la cumbre del monte con voces y señales manda dejar las obras e igualmente sale él corriendo. El monte excavado, él mismo cede con un estruendo tal que no lo puede concebir la mente humana y con increible expectación contemplan victoriosos el derrumbamientos de los montes (ruina montium). Pero aún no tienen el oro, ni sabían que lo hubiera cuando cavaban, para tantos peligros y gastos fue suficiente la esperanza del metal que codiciaban. Luego viene otro trabajo igual y hasta de mayores gastos; para lavar estas ruinas al mismo tiempo han conducido ríos por la cumbre de los montes, ordinariamente desde las cien millas; los llaman «corrugi», de «corrivatio» según creo. Aquí también se siguen mil trabajos. Conviene que la conducción vaya con desnivel, para que el agua corra más bien rápida que lenta, y por eso la traen desde lugares muy altos. Las depresiones y vaguadas las salvan con terraplenes para los canales. En otros lugares horadan rocas infranqueables y las obligan a facilitar el paso taladrando peñascos. Los obreros penden de cuerdas, de suerte que viéndolos desde lejos, tienen más apariencia de aves que de fieras. Allanan en lo posible las pendientes y levantan tendidos para la conducción, el hombre conduce los ríos por lugares donde no hay sitio para sostenerse él en pie. Es contraproducente para el lavado que la corriente del río lleve todo, esta clase de barro que llaman «urium»: Por eso llevan las conducciones por entre peñas y guijarro y evitan el «urium». Al final del recorrido, en la cumbre del monte excavan unos depósitos de doce pies cuadrados y diez de profundidad. Dejan en ellos cinco salidas de tres pies cuadrados, para que después de lleno el depósito, se abran las compuestas e irrumpa el agua con fuerza suficiente para arrastrar los minerales. Falta aún otro trabajo en la llanura. Excavan unas acequias —les llaman «agogae»— cuyo lecho cubren de brezo, planta semejante al romero, y que es tosco y retiene el oro. Las paredes van reforzadas por tablas y levantan las acequias en los lugares quebrados...

El oro conseguido por las «arrugia» no lo funden sino que ya lo es de por sí. Y de esta forma, no solo en los pozos, se consiguen piezas que pasan de las diez libras. Las llaman unos «palagae» y otros «palacurnae», y cuando las pepitas son pequeñas, «balux». Al brezo luego lo secan, lo queman, y su ceniza se lava sobre el césped para que sedimente el oro. Aseguran algunos que con este procedimiento asturia, Galaecia y Lusitania producen 20.000 libras cada año, saliendo la mayor cantidad de Asturia.

PLINIO, Naturalis Historia, 33, 66-78.

o Lagoas, Murias, Canales, etc.), la arqueología o los vestigios dejados en el paisaje.

La ruina montium o «arrugia», como también se denomina, era un sistema de explotación hidráulico. Consistía en derruir los montes por la fuerza combinada del hombre y el agua; para más tarde, también con agua, lavar las tierras, obteniendo el oro por decantación y amalgama con el mercurio. El sistema en cuestión exigía, pues, enormes cantidades de agua, que era necesario captar en los cursos altos de los ríos para llevarla hasta el nivel superior de las explotaciones, a través de una intrincada red de canales, «corrugi», muchas veces abiertos en la roca viva. En las Médulas, una compleja red de canales de más de 325 km. de recorrido capta las aguas del río Cabrera y la de los arroyos que descienden de los montes Aquilianos. La sección media de estos canales es de 90 cm. de profundidad por 130 a 160 cm. de anchura. Restos de ellos son igualmente visibles en numerosos lugares de nuestra comarca.

Mientras se construían los canales, el terreno de la explotación se minaba con una intrincada red de galerías, de secciones diversas, abiertas a diferentes niveles, pero comunicadas entre sí, como todavía es posible ver en las Médulas y la Leitosa, algunas de las cuales sobrepasan los cien metros de longitud por más de metro y medio de altura (la de Orellán alcanza 650 metros de recorrido). Realizada esta labor, que era la más costosa y difícil, y en la que los mineros, a la luz de las antorchas y lucernas, pasaban, al decir de Plinio, meses sin ver la luz del sol, se introducía violentamente el agua por todas las galerías, para provocar el hundimiento del monte. El agua para realizar esta última operación se embalsaba previamente en estanques, situados sobre el frente de explotación, cuyas dimensiones superaban los 60 metros de largo y ancho por casi 3 de profundidad, con una capacidad superior a los 10.000 m^3. Por ejemplo, según Sáenz Ridruejo, el que se encuentra al pie del mirador de Orellán tiene 220 metros de largo por 40 de ancho y 3 de profundidad, con una capacidad de más de 25.000 mm^3.

Arruinado el monte, la fase posterior consistía en separar la arcilla de los cantos rodados, con los que se formaban enormes montones (murias), como aún puede verse en Candín, en el pago de las Morocas, en las Médulas o en las cercanías

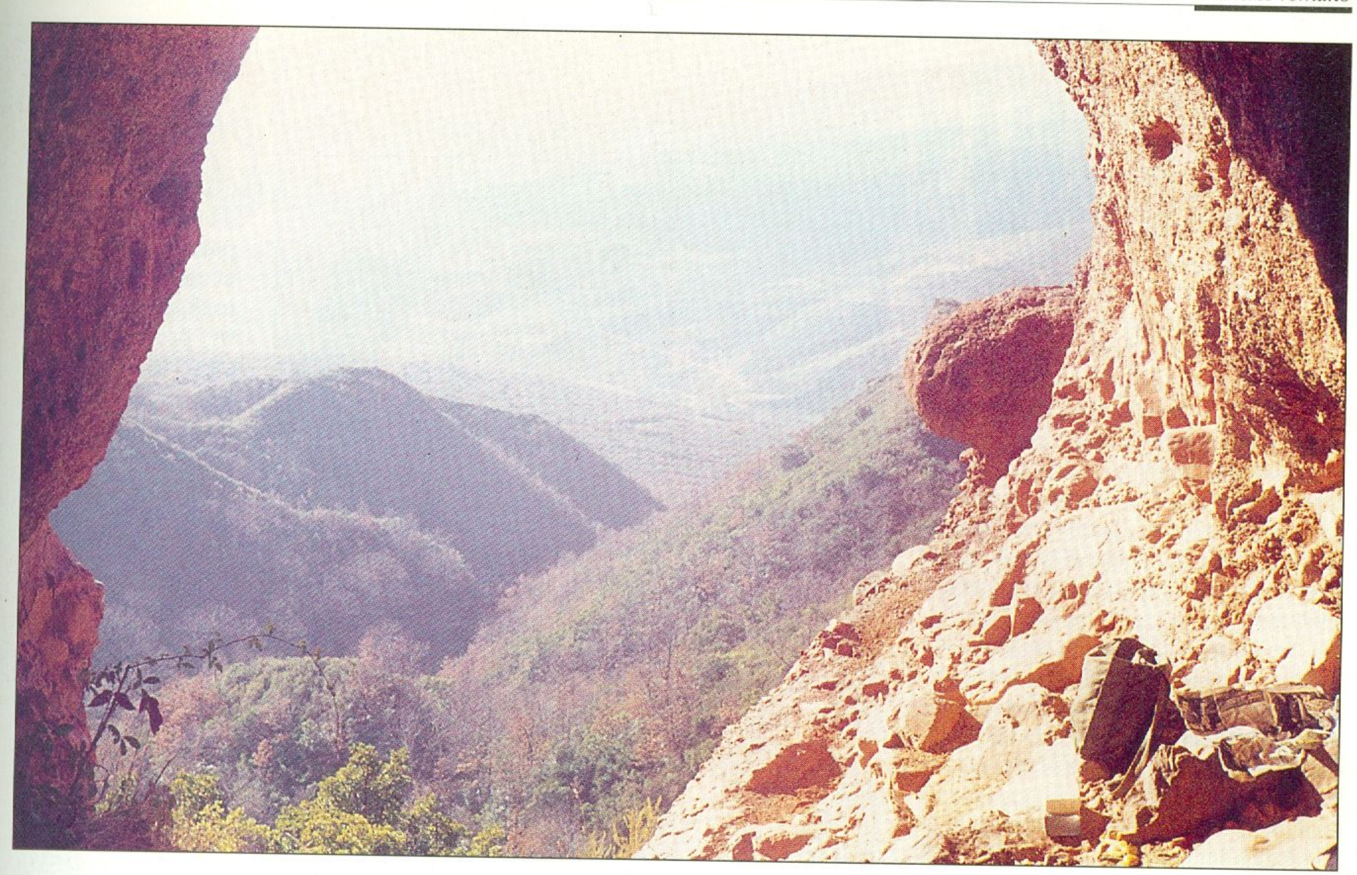


Orellán. Castro minero en las inmediaciones de un yacimiento de hierro, en el que se realizaban útiles para las explotaciones auríferas de las Médulas.

de cualquier explotación. A continuación se lavaban las arcillas en un canal de lavado, de madera, llamado «agogae», de forma alargada y cuyo lecho se cubría con brezo, para retener en él los minerales más pesados que, por decantación, allí se depositaban; mientras que la arcilla, convertida en barro, desaguaba por la pendiente. El oro así obtenido era ya oro puro y no necesitaba fundirse. Según Plinio, las pepitas tomaban nombres diversos, de acuerdo con su tamaño: «palagae» o «palacurnae», las de gran tamaño y «balux», las pequeñas.

Menos espectacular que la «ruina montium», pero igualmente interesante es el denominado método de las «coronas de explotación», profusamente utilizado en el Bierzo, cuyos restos son todavía visibles en Candín (Altamira), Lumeras (Terrafraz), Finolledo, Paradiña (Val de Campo), Ribón (el Castrillón), Paradaseca (el Sufreiro y la Lastra) y en los yacimientos mencionados del valle del Noceda. El método consiste en un canal que entra en un depósito del que salen, bifurcándose, dos ramales formando una elipse, que dejan en su interior un núcleo, también elíptico u ocelar, antes de confluir de nuevo para formar otra vez un solo canal, que se sitúa en la rotura de pendiente de la ladera, y que conduce el agua y la tierra hacia los lavaderos o «agogae».

La explotación de las minas utilizaba, en sus primeros tiempos, mano de obra esclava y «damnati ad metalla» (condenados a las minas); posteriormente, la mayoría fueron trabajadores libres, indígenas e inmigrantes. Algunos de éstos últimos, que conocemos por la epigrafía, seguramente se relacionan con este tipo de trabajos, como los seurros, mencionados en inscripciones de un canal de Cabrera. Se ha especulado mucho sobre el número de hombres que trabajaron en todas estas explotaciones y su tiempo de duración. Los datos más divulgados en relación a las Médulas -obtenidos relacionando el número de hombres, el tiempo, el precio del oro y la capacidad de tierra lavada por hombre y año- hablan de una población minera cercana a las 10.000 personas, cifra que nos parece excesiva y muy difícil de contrastar, incluso para todo El Bierzo. Las explotaciones tienen su apogeo en los años finales del siglo I y en todo el siglo II, para ir poco a poco decayendo desde el siglo III. A lo largo de todo ese tiempo se extrajeron en todo el noroeste, según los datos globales y aproximados de Sánchez-Palencia, unos 230.000 kilos de oro, de los cuales, por ejemplo al río Cabrera y las Médulas corresponderían sólo unos 3.500, obtenidos del lavado de 230 millones de metros cúbicos de tierra. Estas cifras debilitan el mito berciano de las Médulas, cuya ley, al ser un yacimiento secundario, es muy baja; y contrastan, en cambio, con yacimientos menos espectaculares de los valles Cúa y Burbia, en terrenos primarios y secundarios, en los



La Leitosa (Veigueliña-Paradaseca) explotación aurífera del tipo «ruina montium».

que se removieron 74 millones de metros cúbicos, extrayendo 14.700 kilos de oro.

La importancia de estas explotaciones exigió así mismo una densa red de comunicaciones. Unas ponían en contacto los centros mineros con las dos civitates de Bergidum e Interamnium. De este tipo, por ejemplo, eran la vía que conducía a las Médulas desde Bergidum pasando por Villadepalos, la que siguiendo el Burbia iba a La Leitosa o la que, curso arriba del Cúa, alcanzaba el Valle de Ancares. Otras comunicaban El Bierzo con las grandes ciudades de la provincia, capitales de los diferentes conventos jurídicos, así las denominadas Via Antiqua y Via Nova del itinerario de Antonino. La primera salía de Asturica Augusta para dirigirse a Lucus Augusti (Lugo) pasando por Interamnium y Bergidum; la otra, construida hacia el año 70, partía del mismo sitio, pero en Bergidum tomaba la dirección de Bracara (Braga), siendo, en opinión de Sánchez-Palencia, la principal arteria para la explotación de los yacimientos auríferos. Al parecer la Via Antiqua llegaba al Bierzo por Foncebadón y salía por el valle de Valcarce, mientras que la Via Nova entraba por Manzanal y salía por la Tierra de Aguiar y Valdeorras. En su recorrido, las fuentes mencionan la existencia de mansiones, como las de Bergidum e Interamnium, pero también las de Uttaris (en el valle de Valcarce) y Gemestario (en la zona de Aguiar, en el límite entre el Bierzo y Orense). En ellas podían refrescarse las bestias e incluso hallar albergues para el descanso de los viajeros. Estas vías fueron, pues, un importante factor en la romanización de la zona.

CREENCIAS RELIGIOSAS

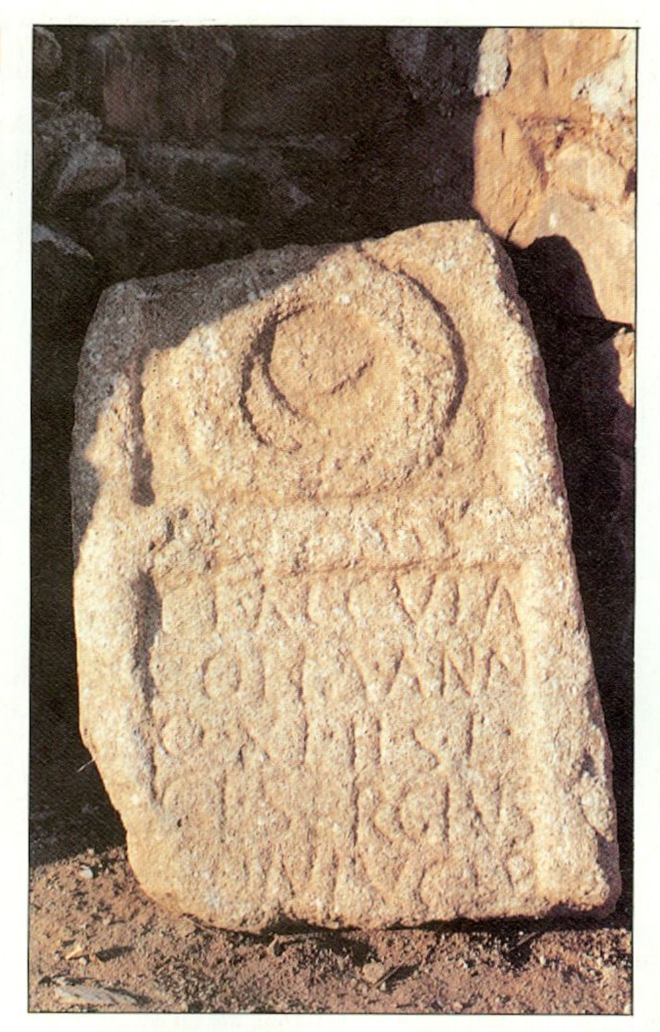
La inserción del Bierzo en el mundo romano supuso, por último, una transformación, sin duda lenta, de sus creencias religiosas. Durante largo tiempo pervivieron los viejos dioses indígenas, como lo demuestran las menciones de los mismos en lápidas de época romana; sin embargo, hay cambios evidentes. No sólo en el hecho de que las propias lápidas estén escritas en latín, la lengua de los conquistadores, sino que incluso algunos de esos mismos dioses empiezan a sufrir «interpretaciones», para asimilarlos a los dioses romanos, como sucede con la «Tutela Bolgensis».

Más importante, si cabe, es la introducción de dioses claramente romanos o difundidos por todo el Imperio, como el Júpiter Dolichenus, de la lápida de Villadecanes, el Jupiter Optimo Maximo de la de Torre del Bierzo o el Jupiter de la lápida de los Queledini de San Andrés de Montejos. A estos habría que añadir la generalización de la creencia en los dioses manes que aparecen en numerosas lápidas funerarias, bajo las siglas D.M.S. (consagrada a los dioses manes); la creencia en los dioses lares, como atestigua la lápida encontrada en Castro Ventosa y que se encabeza con un LA/PAT, y cuya lectura puede ser La(ribus) Pat(rii);, o el culto a Mercurio que refleja el ara hallada en Villar de los Barrios. No faltan, en una zona de numeros soldados y emigrantes, dioses de carácter oriental y mistérico, que llegan a El Bierzo de la mano de soldados, administradores y comerciantes, como Granius Sabinus o Didius Hermodorus; entre estos dioses tenemos referencias al culto tributado a Isis y Serapis, por una lucerna encontrada en Cacabelos. También con ellos, más tarde, llegará el cristianismo, del que será prueba de su temprana presencia Eteria, la viajera a Tierra Santa en el siglo IV, presumiblemente de origen berciano.

BAJO IMPERIO

A comienzos del siglo III el mundo romano entra en una profunda crisis. Sus causas, que no estudiamos aquí directamente, son muy complejas. Lo cierto es que el Imperio ha llegado ya al límite de sus conquistas territoriales, deteniéndose su empuje militar, bien por falta de fuerzas para continuarlo, bien por las poco rentables perspectivas de botín. Como consecuencia, las fronteras se estabilizan, dando lugar a un crecimiento atrófico del ejército; una reorganización fiscal y administrativa que pesará gravemente sobre el conjunto de la población, provocando, junto a las primeras amenazas de los pueblos germánicos, una época de gran inestabilidad política y de creciente ruralización de la sociedad.

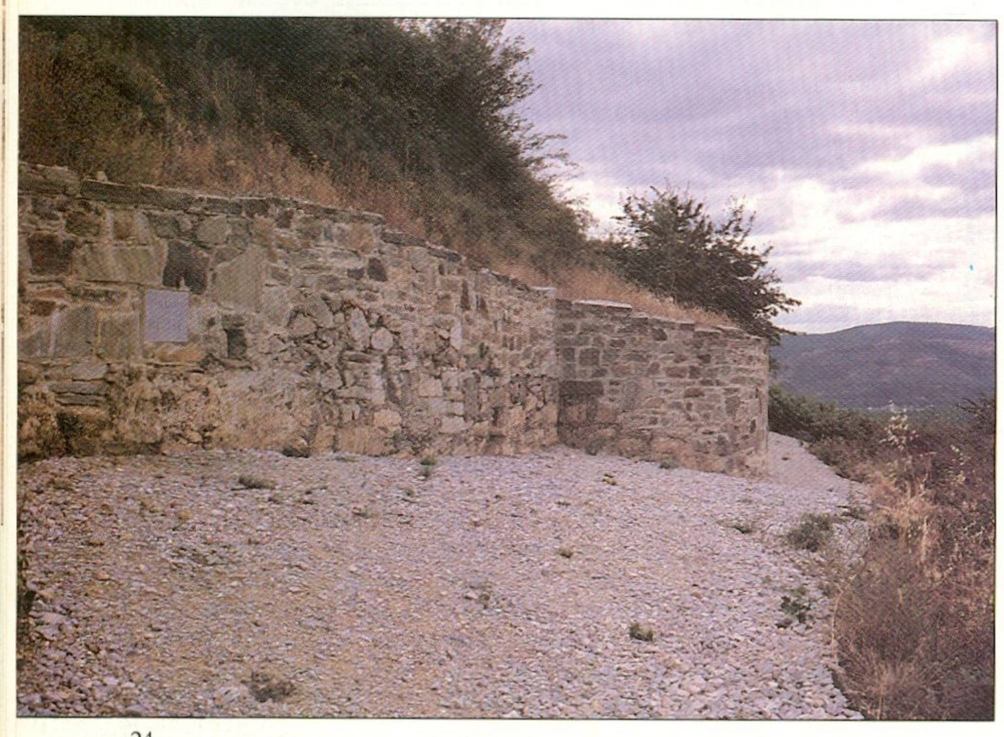
Las ciudades inician entonces su decadencia política y demográfica, con la huida de las élites al campo, donde emulan en sus construcciones, las villas, el boato y la belleza de la antigua urbe. Estas se rodean de murallas, con campos en su interior. El ejemplo de Bergidum Flavium ilustra bien los cambios sufridos en nuestra comarca. Tanto el itinerario de Antonino del siglo III, como el de Ravanate del siglo VI, siguen haciendo referencia a esta ciudad como mansión importante en las vías que desde Asturica se dirigen a Lucus y Brácara; pero las excavaciones llevadas a cabo demuestran que la población asentada durante el Alto Imperio en la llanura, en el pago de la Edrada de Cacabelos, abandona este lugar para refugiarse en el castro de la Ventosa, el antiguo castro prerromano. El castro se rodea ahora de una imponente muralla, como hacen las vecinas ciudades de Asturica y Lucus, cuya datación tardía ha sido confirmada por los trabajos de Inés Díaz, signo evidente de la inestabilidad política y social que se está viviendo.



Cueto. Lápida hallada en la iglesia de Cueto que muestra las relaciones familiares entre indígenas y romanos.

El final de las explotaciones auríferas, cuestión todavía en debate, pero sin duda iniciada ya desde el siglo III, debió provocar un seguro descenso de la población, difícil de evaluar, pero evidente en los castros mineros y en las áreas urbanas. El abandono del principal motor económico de la comarca debió acentuar la inestabilidad política y social de esta época, confirmada por la ocultación de monedas, que constituyen los denominados «tesorillos”: el de Villarino, en el municipio de Balboa, con 5.000 monedas, «pequeños bronces», de los años 319 al 378, recientemente estudiado por P. Alegre; el de Ponferrada, mencionado por Laredo a finales del siglo XIX, con 400 monedas de cobre; o, por último, el recientemente aparecido a la entrada del pueblo de Villarinos, cerca de Villablino, también con varios centenares de monedas del Bajo Imperio.

Es esta situación de crisis política y social, pero en la que se mantienen los rasgos culturales fraguados en las centurias anteriores, la que encontrarán los nuevos invasores germánicos, que se asientan en los núcleos romanos en decadencia, pero todavía auténticos referentes en el paisaje berciano, como Bergidum, que desde ahora dará nombre a todo el ámbito comarcal, el territorio bergidense, mencionado ya en la vida de san Fructuoso del siglo VII.



Murallas de Castroventosa, construídos en el Bajo Imperio cuando se rehabita este castro.